

París las grandes cortesanas históricas de Atenas ó de Roma; profesion que estaba admitida con condiciones vergonzosas en las civilizaciones paganas; pero que era incompatible con las costumbres cristianas, que iban á ser tan ansteras poco tiempo despues. Esta escepcion autorizada de la decencia pública en dos cortesanas casi contemporáneas, Marion de Lorme y Ninou de Lenelos no puede explicarse sino por dos consideraciones históricas: la introduccion de la licencia italiana en la corte por los Médicis y la depravacion de la aristocracia francesa por la licencia militar trasportada de los campos de batalla á la capital.

Ninou era hija de un caballero de Turena llamado Lenelos. Su belleza precoz, perfeccionada por los cuidados de un padre depravado que no le enseñó por toda virtud mas que el arte de seducir, la introdujo en París en los círculos mas elegantes de la nobleza. Como música y como bailarina se dió allí en espectáculo desde su infancia. Su talento, sus pasiones inconstantes y su filosofia sin freno hicieron que fuese solicitada alternativamente por los caballeros mas licenciosos de la época; ella no vendió, pero concedió sus favores á muchos, perdiendo insolentemente todo pudor, por conservar su libertad. Esta nobleza en la licencia y esta reserva de su probidad en el vicio la dieron fácil acceso en las sociedades ligeras de literatos y aun mugeres poco escrupulosas que buscaban la hermosura y el talento mas que la virtud. Frecuentaba asiduamente la casa del poeta Scarron, centro entonces de la literatura trivial; la jóven y bella huérfana de la casa de Aubigné, que casó con Scarron, era amiga suya, y al morir Scarron subsistia aun esta estraña amistad: la historia se confunde de asombro al ver á la jóven viuda, piadosa, irrepreensible, que debía entrar poco despues en el tálamo de Luis XIV, participar del hospedage, de la sociedad y algunas veces del lecho de la cortesana Ninou.

## XXVI.

El conde de Bussy-Rabutin, queriendo separar el corazon de su prima de su esposo, á fin de ser él su consolador y seductor, enteró á Mad. de Sévigné de la pasion de su marido por Ninou. El dolor despedazó el corazon sensible de la virtuosa esposa; pero no la rindió á las seducciones de Bussy, antes le cerró la puerta con indignacion y fingió ignorar la infidelidad de su marido: «Sévigné, dicen las memorias de la época, no es un hombre honrado; arruina á su muger, que es una de las mas agradables de París.»

Para salvar los restos de la fortuna de su sobrina y el porvenir de sus hijos, el abate de

Coulanges la obligó á separar bienes; pero al tomar esta precaucion afianzó á su marido por una suma enorme, igual á las deudas que entonces tenia. Retiróse sola á las Rocas con sus hijos dejando al marqués de Sévigné en la libertad de sus desórdenes.

Hábiase entonces enamorado de otra belleza célebre, rival de Ninou, llamada Mad. de Gondran y de un nombre mas familiar, Lolo. El caballero de Albret, segundogénito de la casa de Miosseus, le disputó su conquista. Sévigné triunfó á fuerza de prodigalidades y de pasion. Esta rivalidad hizo ruido en París; se previó un duelo y no faltó imprudente que escribiese prematuramente á Mad. de Sévigné á las Rocas que su marido habia sido herido por su rival. Ella entonces le dirigió una carta de dolor, de desesperacion y de perdon. La noticia era anticipada; el duelo habia sido aplazado. De este modo recibió Sévigné en tiernas convenciones el último adios de la que despreciaba por un capricho.

Llegó el dia señalado para el combate; este fué corto y caballeresco; los dos contendientes se dieron esplicaciones y abrazaron antes de sacar la espada para satisfacer lo que un uso bárbaro llamaba en Francia el honor. Sévigné recibió el golpe mortal y espiró á los veinte y siete años en la flor de su vida.

La muger, que lo perdonó todo á su edad, á su ligereza, á los hábitos del tiempo, estuvo á punto de morir de dolor al saber su catástrofe; corrió á París para rodearse de sus queridos vestigios. No le quedaba de su marido otra cosa que las pruebas de su ingratitude. Para conservar á sus hijos el retrato y los cabellos del hombre á quien tanto habia amado, tuvo necesidad de pedirlos á Mad. de Gondran, aquella funesta Lolo; causa de su desgracia. Mad. de Gondran le envió aquellos objetos, que iban á ser el triste consuelo de su viudez, puesto que la infeliz no pudo ya minar la imagen del que adoraba, sin recordar al mismo tiempo su abandono y su ingratitude.

Este dolor fué tan violento y obstinado que Mad. de Sévigné no pudo jamás ver de lejos, en los círculos ó en los paseos, al caballero de Albret ó á cualquiera de los testigos del duelo, sin desmayarse.

Sévigné habia sido su primer amor y debía ser el último. Desde aquel dia echó un sudario sobre su corazon, y lo sepultó, por decirlo así, jóven y vivo todavía, con las cenizas de su marido.

## SEGUNDA PARTE.

## I.

Otra pasion poseía ya toda el alma de madama de Sévigné, y era la de su hijo, y sobre

todo de su hija. Renunció para siempre á la idea de un segundo matrimonio, que les hubieran dado otro padre, porque solo el pensamiento de que aquellos dos queridos frutos de su único amor pudieran tener rivales de ternura en su propio corazon en los hijos de otro matrimonio le causaba horror, y por eso se entregó á su felicidad, á su fortuna y á su educacion. La muger no existió ya en ella; no hubo mas que la madre. «He borrado de mi memoria todas las fechas de mi vida, escribió en su vejez, yo no me acuerdo mas que de la de mi matrimonio y de la de mi viudez.» Bajo la tutela de su tio el servicial abate de Coulanges, se ocupó durante largos años en levantar las ruinas de su módica fortuna que habia disipado su marido y en la administracion rural de Bourbilly y de las Rocas. Pasaba parte del año con el abate de Coulanges en aquellas tierras, el resto en París ó en Livry, mansion querida de su juventud. Habia alojado sus vinculos con el mundo sin romperlos, porque preveia que su hijo tendria necesidad de protectores en la corte y su hija de marido adecuado á su nacimiento, y por lo mismo procuraba cultivar para sus hijos las amistades que podian servirles algun dia de proteccion y ayuda. Su sólida razon le alejaba de los partidos extremos, no creyéndose con derecho de disponer de su suerte mientras no se fijase la de sus hijos. Permanecia mundana por deber y amable por virtud; digámoslo todo, lo era tambien por inclinacion natural. Acogida en el mundo por un entusiasmo universal, sentida con pasion desde que se asentaba de él, gozaba tanto mas de ese favor de la corte y de los salones, cuanto que no les llevaba mas que un corazon libre y no les pedia mas que amistades.

Esta fué la época en que se grangeó mas amigos entre los hombres célebres y mugeres notables de aquel siglo fecundo en nombres que se hicieron ilustres. En los sobres de sus cartas podria encontrarse el catálogo de todas las glorias, de todos los méritos y de todas las altas virtudes de su época: el principe de Condé, el duque de Rohan, el conde de Lude, siempre enamorado, aunque desviado siempre, Menage, Marigny, el cardenal de Retz, Montmorency, Brissac, Bellievre, Montresor, Chateaubriand, Chaulnes, Caumartin, Hacqueville, Corbinelli, los Arnault, padres del jansenismo; Pascal, su apóstol; d'Humieres, d'Argenteuil, Bussy, sin cesar amoroso, sin cesar importuno y muchas veces pérfido por resentimiento; Sablonieres, el escocés Montrose, el mártir héroe de su rey proscripto; la duquesa de Longueville, el alma desalentada de la Fronde, estinguída á pesar de su soplo que la atizaba siempre; la duquesa de Lesdiguières, la de Monthazon, la princesa Palatina por la cual habia muerto Cinq-Mars en el cadalso; Mad. Enriqueta de Coulanges, hermana del abate; madama de Lavardin, la de Maintenon, la señorita de la Valliere, Mad. de Montespan, la señorita de

Lavergne, Enriqueta de Angennes, ya condesa de Olonne, célebre entonces por su belleza y despues por sus escándalos; Mad. de la Fayette, amiga del gran duque de la Rochefoucauld, autor de las *Máximas*; el mismo Rochefoucauld, ese juez severo, y soberano de los méritos y de las gracias; Vardes, Turena, Bossuet, Corneille, Fenelon, Racine, Moliere, la Fontaine y Boileau aparecen ó desaparecen alternativamente sobre el horizonte del gran siglo. He aqui cual fué la sociedad de la vida entera de Mad. de Sévigné; he aqui cuales fueron los amigos, los correspondientes ó los sujetos de su largo comercio epistolar. Si su tiempo, reviviendo en sus cartas, debe mucho al interés que su estilo sabe derramar en ellas, no se puede negar que estas cartas deben mucho al interés de la época.

Muchos de esos hombres, todavia jóvenes y ya ilustres, se esforzaban por borrar en el corazon de la hermosa viuda el recuerdo de su marido; el principe de Conti y el superintendente general de hacienda, el poderoso Fouquet la asediaban con su culto, pero de todos ellos solo Fouquet parece que fué el que logró conmovier su corazon. Jóven, hermoso, respetuoso en las formas, audaz en los pensamientos, disponiendo á guisa de dueño, tan absoluto como Richelien ó Mazarino, de los tesoros de la Francia, teniendo en sus manos las riendas del gobierno, bastante poderoso para inspirar envidia y recelos fundados al jóven rey, bastante temerario para afectar la rivalidad con el mismo rey en amor, Fouquet se habia declarado en voz alta el adorador de Mad. de Sévigné, y sino conmovida, mostrábase por lo menos agradecida á un homenaje que borraba con tanto brillo todos los demas. Ser el pensamiento dominante de un hombre hacia el cual se convertian entonces todos los pensamientos del amor ó de la ambicion de las mugeres de aquella corte era suficiente motivo para que Mad. de Sévigné perdonase al superintendente del reino la temeridad de sus homenajes secretos y públicos. Esta es la única circunstancia en su larga viudez en que se percibe una impresion de reciprocidad para los sentimientos tiernos que inspiraba sin alentarlos, y necesario fué que sobreviniese la desgracia de Fouquet para que traspirara fuera ese sentimiento contenido en el alma de Mad. de Sévigné. Si amó una vez, este amor no se reveló sino con lágrimas sobre los infortunios de aquel de quien solo se confesaba amiga.

## II.

El golpe que hirió al ambicioso ministro estuvo largo tiempo invisible sobre su cabeza; el disimulo indispensable á los reyes, euseña

do por Mazarino á Luis XIV en los últimos consejos que le diera en su lecho de muerte, lo preparó todo con lentitud y misterio para que la caída no conmoviese de rechazo su trono. Colbert, espíritu probo, seguro, servil, ingrato y envidioso, fué su único confidente. Aunque hechura de Fouquet, ya en los últimos meses de la vida de Mazarino, había denunciado Colbert en una carta secreta á Mazarino las malversaciones ó las maniobras de guarismos con cuyo auxilio disimulaba Fouquet en las cuentas el verdadero estado del tesoro. Esta denuncia de Colbert había despertado la atención de Mazarino. Su muerte había prevenido la comprobación del crimen. Luis XIV, informado por Mazarino, sospechaba las dilapidaciones de Fouquet, sin atreverse á convencerle de ellas, por que las necesidades urgentes del tesoro público le obligaban á no escudriñar demasiado la conducta de su superintendente, cuyo habil agiotage le facilitaba desde los primeros momentos de su reinado los recursos necesarios á la administración del reino y el lujo de la corte; pero Luis XIV no solo sospechaba de la probidad de Fouquet, sino de su fidelidad política, creyéndole capaz de soñar en nuevas facciones suscitadas contra su soberano, para apoderarse sin rival de los negocios y llegar á ser un nuevo Richelieu bajo otro Luis XIII, ó un jefe de facciosos contra una corte de que no sería ya primer ministro. Todo demuestra que estas sospechas eran fundadas y que sino había bastantes indicios en la conducta de Fouquet para castigar, los había suficientes para precaverse. En vista de esto, es indudable que Luis XIV no podía ser culpado de haber prevenido el golpe con el golpe. Las mugeres y los poetas asalariados por el superintendente lloraron su desgracia; pero los jueces y los hombres de estado absolvieron al rey de su supuesta ingratitud. Fouquet no disimulaba ya las riquezas y suntuosidades, cuya fuente era demasiado innagotable para que fuese pura; compraba con regalos, pensiones y regias liberalidades á las mugeres y á los hombres que podían combatir ó asegurar su dominación en la intimidad y hasta en los amores de su soberano, y de este modo se formaba un partido dispuesto á convertirse en facción dentro del Estado.

Los guardajoyas y cofrecillos hallados después de su prisión en su casa de Vaux, encerraban la tarifa de sus corrupciones y el sueldo de su culpable popularidad. Dueño de muchas plazas fuertes del reino, se le veía todavía fortificar á Belle-Isle sobre la costa de Bretaña, y asegurarse un punto de apoyo sólido ó un retiro inespugnable para sus designios. Había tenido la audacia de tentar también por medio de la ambición el corazón de Ana de Austria, madre del joven rey, y proponerle una liga para dominar juntos el consejo. Negociaba igualmente con el cardenal de Retz el precio de su dimisión del arzobispado de París

para apoderarse del clero, como se apoderaba de la corte. Su plaza de procurador general del parlamento de París le aseguraba el privilegio de no ser juzgado sino por el parlamento, cuyo favor siempre sedicioso procuraba captarse. Para herirle era preciso engañarle y hacerle renunciar. El rey lo consiguió colmándole de esperanzas y haciéndole considerar sus funciones subalternas como incompatibles con las nuevas á que le destinaba. Además para ensañarse contra él, era preciso esperar que hiciese ingresar en el tesoro los millones necesarios á los servicios públicos que solo su agiotage podía proporcionar. Una circunstancia apresuró el desenlace, pero sin que fuese la verdadera causa.

Un día que Luis XIV había aceptado una fiesta con que el superintendente quiso obséquiarle en su palacio de Vaux, recorriendo las habitaciones secretas de aquella magnífica morada, observó el joven príncipe en un gabinete de pinturas el retrato de la señorita de la Valliere, objeto de su primera pasión pública. Fouquet había tenido la audacia de amarla y la temeridad de mandar sacar su retrato. Indignado el rey con aquella profanación de sus honores se retiró altamente ofendido; pero sin a reverse todavía á manifestar su resentimiento. Su madre hizo advertir á Fouquet por conducto de la duquesa de Chevreuse el peligro á que se esponía confiando demasiado en la fingida seguridad que le rodeaba. El rey entretanto para no despertar en su ministro la menor sospecha, redobló los favores y las muestras de su falsa intimidad. Temblando Fouquet ante las consecuencias de su demasiada confianza ó desconfianza en el influjo é imperio que hasta entonces había gozado, fluctuaba entre el pensamiento de refugiarse en Italia ó enterarse en Belle-Isle.

Partió para Nantes en esta perplejidad. Allí, fuera de París y lejos del parlamento, era donde el rey había resuelto herirle. Apenas había marchado Fouquet, cuando desconfiando Luis XIV de todos los instrumentos de su autoridad, acaso vendidos secretamente á Fouquet, llamó á un oficial oscuro de su guardia y le dió orden de prender al superintendente á su llegada á Nantes. El oficial partió con diez ginetes seguros, se adelantó al ministro en el camino y lo trajo prisionero á París. Cogidos sus papeles, llevados al rey y registrados por él solo, entregaron á Luis XIV el secreto de las tramas, de las ambiciones y de los amores de Fouquet. Se dice que el nombre de Mad. de Sévigné se halló entre los de las mugeres que contaba él en el número de sus amigas, sobre las cuales se reservaba derramar los favores de su predilección y de su poderío. Atribuyóse á este descubrimiento, del que Mad. de Sévigné estaba de todo punto inocente, la frialdad que Luis XIV manifestó siempre á Mad. de Sévigné, la muger mas eminente de su siglo. Luis XIV no perdonaba jamás de buen grado

dos faltas á las mugeres y á los hombres de su corte: el haber tenido participación en la Fronde y la superioridad de talento. Todo brillo, que no sirviese para realzar el suyo, le ofuscaba. Amaba el talento, pero á condicion de engastarlo como un adorno en su corona. La adulación era á sus ojos la primera condicion del genio.

## III.

Mad. de Sévigné tenía el espíritu cortesano; pero no tenía el corazón servil. El infortunio de Fouquet no hizo mas que avivar su inclinación y su agradecimiento hacia él. No sacrificó nada de su ternura y de su piedad á su complacencia de opinión para el rey. Manifestó en las desgracias del superintendente tan tierno y atrevido interés que se elevó hasta la murmuración y la oposición contra sus perseguidores, formando además parte de esa facción de la fidelidad y de la desgracia que siguió á Fouquet hasta delante de sus jueces y hasta en su calabozo perpétuo. El calor de este sentimiento fué el que dió á conocer por primera vez su ardor epistolar en su correspondencia de todos los días con los amigos de su amigo. Su amistad le reveló su talento: todo, hasta la fama debía tener una fuente pura en aquel corazón nacido para los sentimientos dulces. Los que espresa para Fouquet tienen un acento que no se encuentra en ninguna otra parte de sus cartas: es el acento de una piedad tan tierna para el infortunio que puede confundirse con el acento de un amor reprimido.

## IV.

Luis XIV no había llegado todavía á esa posesión atrevida de despotismo que le permitió mas tarde tantas proscripciones sin juicio. Mandó juzgar á Fouquet no por jueces independientes, sino á lo menos por comisionados reputados libres. El proceso fué largo, difícil, lleno de rodeos, de revelaciones, de esperanzas y de terrores alternativos. Mad. de Sévigné siguió sus faces con la ansiedad de una amiga que no disimula nada su adhesión á un acusado y le estimula con la vista y el corazón delante de sus jueces. Los cofrecillos hallados en casa del superintendente habían revelado una correspondencia íntima, pero inocente, entre la muger graciosa y el ministro benévolo. Este descubrimiento que revelaba tantas inteligencias secretas y que hacia temblar á tantos culpables, conmovió sin desconcertarla á Mad. de Sévigné; la cual desafió con la segu-

ridad de una buena conciencia la murmuración pública que se levantó contra ella á la lectura de sus cartas.

«Nada hay mas cierto,» escribió á Mr. de Pomponne, individuo de aquella familia piadosa de los Arnauld, vecino y amigo de su tío el abate de Coulanges, «nada hay mas cierto que la amistad se aviva entre dos personas en quienes concurren los mismos intereses; me escribís tan obligadamente sobre esto, que no puedo contestaros con mas exactitud sino asegurándoos que me animan se hallasen semejantes sentimientos para vos que teneis para con migo; pero ¿qué decis de todo lo que se ha encontrado en esos cofrecillos? ¿Habiais creido jamás que mis pobres cartas se hallasen colocadas tan misteriosamente? Os aseguro, cualquiera que sea la gloria que pueda sacar de ello por los que me hagan justicia, que jamás he tenido con él otro trato que ese. No deja de afectar mi corazón la necesidad en que me veo de justificarme, y acaso inútilmente, con respecto á las mil personas que no comprenderán jamás esta verdad. Creo que comprenderéis bien el dolor que causa esto á un corazón como el mio; os suplico que digais sobre esto lo que sabeis; en esta ocasión no me sobrarian los amigos; espero con impaciencia á vuestro hermano (el abate Arnauld de Andilly) para consolarme un poco con él de esta extraña aventura. Sin embargo, deseo con todo mi corazón el alivio de los desgraciados y os pido siempre el consuelo de vuestra amistad.»

«Dad gracias á la señorita de Scudery, escribió algunos días después á Menage, por que conserva tan fielmente su amistad á Fouquet y me defiende contra las insinuaciones calumniosas sobre este asunto. Yo quisiera con todo mi corazón que se pudiera olvidar al mismo superintendente.»

En las cartas que escribió más adelante desde su retiro de las Rocas á los Arnauld, desterrados por la causa de Fouquet, no llama jamás al acusado sino *nuestro querido amigo*. Sabe que estas cartas serán abiertas por los enemigos de Fouquet y los desafía; derrama lágrimas de ternura por su suerte; sigue con la vista y el oído su actitud y las respuestas en los interrogatorios y escribe á Mr. de Pomponne:

«Nuestro querido y desgraciado amigo ha hablado dos horas esta mañana, pero tan admirablemente bien que muchos no han podido menos de admirarle, entre otros Mr. Renard ha dicho:

«Es preciso confesar que este hombre es incomparable; jamás ha hablado mejor en el parlamento, ni ha desplegado tanta inspiración.»

Habló sobre los seis millones y sus gastos; nada hay de comparable con lo que dijo sobre esto.

«Os escribiré el jueves ó viernes. Dios

»quiera que mi última carta os participe lo que  
»mas ardientemente deseo; rogad á nuestro  
»solitario (Arnauld) que pida á Dios por nues-  
»tro pobre amigo.»

»Nuestro querido amigo ha ido otra vez á  
»sentarse sobre el banquillo. El abate de Effiat  
»le saludó al paso y él devolvió su saludo con  
»esa cara risueña y tranquila que conocemos.  
»El abate quedó, como no podía menos, pro-  
»fundamente afectado.

»Esto durará aun toda la semana próxima,  
»es decir, que entre unas cosas y otras, no es  
»vivir la vida que pasamos. En cuanto á mí  
»no estoy conocida y dudo que pueda resistir  
»hasta entonces...

»En el fondo de mi corazón abrigo un resto  
»de esperanza, no sé de donde viene ni á don-  
»de va, ni es bastante grande para que pueda  
»dormir tranquila... Solo puedo ver á las per-  
»sonas con quienes me es lícito hablar, por-  
»que están animadas de los mismos sentimien-  
»tos que yo. Ella (Mad. de Plessis) espera, como  
»yo, sin saber la causa. Pero ¿por qué esperais?  
»Porque espero. He aquí nuestras respuestas;  
»¿no son bien razonables? Si obtuviese un fa-  
»llo tal como lo apetecemos, el colmo de mi  
»alegría sería enviaros un hombre á caballo  
»que os llevase á todo escape esta agradable  
»noticia, y el placer de imaginar el que yo os  
»daba, haría el mio completo.»

Mas adelante escribe:

»No podré decir lo que haré si esto no su-  
»cede, ni comprendo lo que será de mí.»

Mad. de Sévigné realza con orgullo todo lo  
que es digno; censura tiernamente todo lo que  
es imprudente en las palabras del acusado y  
deplora algunas impaciencias de Fouquet con-  
tra sus jueces.

»Esta manera no es buena, dice á los Ar-  
»nauld, pero él se corregirá; por otra parte  
»bien conozco que se apura la paciencia, y  
»me parece que yo haría lo mismo.»

Vuelve á París en los momentos en que va  
á decidirse la suerte de su amigo; se absorbe  
en este solo pensamiento; se alimenta con sus  
esperanzas y temores; quiere mirarle por últi-  
ma vez cuando comparezca ante el tribunal,  
se disfraza, se cubre el rostro con una careta,  
segun entonces se acostumbraba, para ocultar  
la palidez de sus facciones.

»Sus piernas tiemblan, su corazón late  
»con tal fuerza, dice ella, que está á punto de  
»caer desmayada; no creo que me haya cono-  
»cido, escribe por la noche, pero os confieso  
»que me afecté sobremanera al verle entrar  
»por aquella puerta pequeña; si supiérais que  
»desgraciado es el mortal que tiene un corazón  
»como el mio, tendríais lástima de mí. He ido  
»á ver á Mad. de Guénégaud, nuestra querida  
»vecina; hemos hablado largamente de nuestro  
»querido amigo; ella ha visto á Safo (la seño-  
»rita de Scudery), que le ha inspirado valor;  
»en cuanto á mí, iré mañana á tomarlo á casa  
»de esa amiga, pues siento la necesidad de

»confortarme, y no será ciertamente porqu  
»no se me dicen mil cosas que deben hacer es-  
»perar; pero, Dios mio, tengo la imaginacion  
»tan viva que toda incertidumbre me mata.»  
Indignándose despues hasta la rebelion  
contra el gobierno:

»La emocion es grande, dice, pero lo es  
»mucho mas la dureza.»

Y visita y habla con instancia al relator del  
proceso, Ormesson, como en una causa per-  
sonal

## V.

»Fouquet es un hombre peligroso! dijo  
el rey pocos dias antes del juicio. Esta palabra  
era una sentencia; sin embargo madama de  
Sévigné se obstinaba en no desesperar de la  
justicia ó de la misericordia de los hombres.»

»Todo el mundo, escribe ella, se interesa  
»en este gran proceso; no se habla de otra  
»cosa; se discute, se sacan consecuencias, se  
»cuentan por los dedos las opiniones; todos se  
»enternecen, temen desear, odiar y admirar;  
»en fin es una cosa extraordinaria lo que está  
»pasando, y no hay nada que pueda compa-  
»rarse con la resignacion y firmeza de nues-  
»tro querido desgraciado. Sabe todos los dias  
»lo que pasa, y seria preciso escribir volúme-  
»nes en su elogio.»

»Quién no reconoce en este acento el de un  
sentimiento superior á la pasión por la justia  
y al enternecimiento mismo de la amistad? Fouquet  
tenia en madama de Sévigné menos  
que una amante y mas que una amiga; una pro-  
videncia invisible, adherida á las mismas ca-  
denas que él y dispuesta á gozar la misma vi-  
da ó á sufrir la misma muerte.

El 49 de diciembre de 1664 por la noche  
escribia:

»Alabad á Dios, señor, y dadle gracias,  
»porque nuestro pobre amigo se ha salvado.  
»Es tal mi alegría que estoy fuera de mí...

»Moriria de pesadumbre si otro se me an-  
»ticipara en daros tan buena nueva. En mu-  
»cho tiempo no me repondré de la alegría que  
»experimenté ayer.»

Quando Mad. de Sévigné supo que el rey  
habia agravado la sentencia de destierro en  
prision perpétua en Pignerol, escribió:

»Pero no, no es de tan alto de donde vie-  
»ne esto; tales venganzas rudas y bajas no po-  
»drian partir de un corazón como el de nues-  
»tro soberano. Se sirven de su nombre y lo  
»profanan como veis. Os mandaré á decir lo  
»demas.»

El martes 23 escribió en otro tono:

»Todos siguen esperando que será atenua-  
»da la pena, yo lo espero tambien; me ha ser-  
»vido demasiado bien la esperanza para aban-  
»donarla. No hay vez que vea á nuestro sobe-

»rano en nuestros bailes que no se me vengan  
»á la memoria estos dos versos del Tasso:

Goffredo ascolta, é in rigida sembianza  
Porge più di timor che di speranza.

»Sin embargo me guardo bien de desani-  
»marme; es necesario seguir el ejemplo de  
»nuestro pobre prisionero, que está alegre y  
»tranquilo; estémolo nosotros tambien.»

## VI.

Resulta pues que no obstante lo que habia  
dicho Luis XIV, la conciencia de los jueces sal-  
vó la cabeza de Fouquet, condenándole sola-  
mente á destierro perpetuo; pero el rey halló  
demasiado suave la pena y demasiado peligro-  
sa la libertad de Fouquet, aun fuera del reino,  
é interpretando la sentencia, la cambió por su  
propia autoridad en prision perpétua en la for-  
taleza de Pignerol. Todo el mundo le olvidó,  
excepto Mad. de Sévigné. Fouquet murió allí  
lentamente durante un cautiverio secreto de  
quince años, sin que un eco de este mundo,  
que habia llenado con su nombre, penetrase  
jamás los muros de su prision. Por el rigor  
del castigo se juzgó del terror que este minis-  
tro ambicioso habia inspirado á su soberano.  
El único sentimiento tierno que Mad. de Sévig-  
né experimentó en su vida despues de su viue-  
dez, fué sepultado para siempre en el calabozo  
de su amigo. Su corazón, vacío ya de toda ternu-  
ra de muger, se reconcentró todo en sus hi-  
jos. No recibió ya los golpes del mundo sino  
para transmitirlos con las emociones de su sen-  
sibilidad ociosa á su hija y á sus amigos, co-  
mo un espectador imparcial del drama huma-  
no que mira desde el anfiteatro la escena del  
mundo y la cuenta en voz baja á aquellas per-  
sonas que no la han visto y á las cuales quie-  
re hacer participar de sus impresiones.

A contar desde ese dia todo el reinado de  
Luis XIV viene á reflejarse en la conversacion  
escrita de una muger; su correspondencia lle-  
ga á ser sin saberlo el cuchicheo de la historia  
entre los bastidores del gran siglo. Esta es la  
hora en que su estilo sale desnudo y caliente  
de su corazón y en que la naturaleza sin sa-  
berlo se convierte en talento.

## VII.

Buñon ha dicho: *el estilo es el hombre*. Bu-  
ñon ha dicho en esta palabra lo que deberia ser  
el estilo mas bien que lo que es; porque con

mucha frecuencia el estilo es el escritor mas  
que el hombre. El arte se interpone entre el  
escritor y lo que escribe; no es ya el hombre  
el que veis, es el talento. La obra maestra de  
los verdaderos escritores grandes es anonadar  
en ellos el talento y no espresar mas que al  
hombre; pero para esto se necesita que la sen-  
sibilidad sea mas completa en ellos que el arte,  
es decir, se necesita que sean hombres grandes  
mas por el corazón que por el estilo. ¿Cuántos  
libros hay en cada siglo, y aun en todos los  
siglos, que lleven ese carácter y os den del al-  
ma una impresion mas viva que del genio? Tres  
ó cuatro. El libro encubre casi siempre al au-  
tor. ¿Por qué? Porque el libro es una obra de  
arte y de voluntad, en que el autor se propone  
un objeto, y en que se muestra, no lo que es,  
sino lo que quiere parecer. No es en los libros  
donde es necesario buscar el verdadero estilo;  
no es allí. Me equivoco; allí es, pero en los li-  
bros que el hombre ha escrito sin pensar que  
hacia un libro, es decir, en sus cartas; las car-  
tas es el estilo desnudo, y los libros el estilo  
vestido. Los vestidos cubren las formas; en es-  
tilo como en escultura no hay belleza sino en  
la desnudez. La naturaleza ha hecho la carne,  
el hombre la tela y el ropage. ¿Queréis ver la  
obra maestra? despojad la estátua; esto es tan  
cierto respecto al espíritu como al cuerpo; lo  
que preferimos de los grandes escritores, no  
son sus obras, sino ellos mismos; así pues,  
obras donde han puesto mas parte de sí mis-  
mos son para nosotros las mejores: ¿quién no  
prefiere mil veces una carta de Ciceron á una  
de sus arengas? ¿Una carta de Voltaire á una de  
sus tragedias? ¿Una carta de madama de Sévig-  
né á todas las novelas de la señorita de Scude-  
ry, á quien ella llamaba *Safo*, y cuya gloria  
miraba brillar desde abajo sin atreverse á le-  
vantar tan alto su ambición? Esos grandes in-  
genios han desplegado talento en sus obras  
premeditadas de artistas; pero no han tenido  
verdadero estilo mas que en su corresponden-  
cia, ¿y por qué? Por que allí no pensaban en  
tenerlo ó formarlo. Tomaban de el hecho su  
sensacion como madama de Sévigné; no escri-  
bian, hablaban; su estilo no es ya el estilo, es  
su pensamiento mismo.

## VIII.

De todas las facultades del espíritu, la mas  
indefinible á juicio nuestro es el estilo, y si tu-  
viésemos que definirlo á nuestra vez, no lo de-  
finiríamos sino por su analogia con una cosa  
que jamás ha podido ser definida, la fisonomía  
humana. Diríamos, pues: «EL ESTILO ES LA FI-  
SONOMIA DEL PENSAMIENTO.»

Mirad bien un rostro, y tratad de explica-  
ros á vosotros mismos por que ese rostro os

encanta, os repugna, os deja indiferentes; el secreto de esta indiferencia, de este encanto ó de esta repulsion está en tal ó cual facion de este rostro? ¿En el óvalo mas ó menos regular del contorno? ¿En la línea mas ó menos griega de la frente? ¿En el globo mas ó menos hundi-do de los ojos? ¿En su color? ¿En su mirada? ¿En el dibujo mas ó menos correcto de los labios? ¿En los matices mas ó menos vivos de la tez? No sabriais decirlo, ni lo sabreis jamás: la im-presion general es un misterio, y este misterio se llama fisonomía. Esta es la contra-prueba del carácter en la frente, es el resumen vivo y combinado de todos los rasgos, de todas las facciones flotantes como una atmósfera sobre la figura. Tantos matices concurren á formar esa atmósfera que es imposible al hombre que la siente descomponerla; él ama ó no ama, he aqui todo su análisis; el juicio no es mas que una impresion tan rápida como un instinto y tan infalible en nosotros como la impresion que sentimos metiendo la mano en agua caliente, tibia ó fria; tenemos calor ó frio en el alma mirando esa fisonomía, hé aqui todo lo que nos es permitido deducir.

## IX.

Pues bien; lo mismo sucede con el estilo, sentimos, conocemos si nos encanta ó nos deja lánguidos, si nos calienta ó nos enfria; pero está compuesto de tantos elementos indefinibles, de la inteligencia, del pensamiento y del co-razon, que es un misterio para nosotros como la fisonomía, y sintiéndolo en sus efectos nos es imposible analizarlo en sus causas. Los re-tóricos no han podido jamás enseñarlo, ni sor-prenderlo, del mismo modo que los químicos no han podido sorprender el principio de vida que huye bajo sus dedos en los elementos que elaboran: se sabe lo que produce, pero no lo que es, ¿ni cómo saberlo? el mismo escritor no lo sabe; es un don de su naturaleza, como el color de sus cabellos ó como la sensibilidad de su tacto. Enumerad las condiciones infinitas de lo que se llama estilo, y juzgad si está en el poder de la retórica crear en un hombre ó en una muger tal reunion de cualidades diversas: es necesario que sea verdadero y que la pala-bra se modele sobre la impresion, sin lo cual nienta al espíritu y se ve al cómico en vez del hombre que dice lo que siente; es menester que sea claro, sin lo cual pasa la palabra á la forma de los vocablos y deja al espíritu suspen-so en las tinieblas; es menester que brote, sin lo cual el esfuerzo del escritor se hace sentir al espíritu del lector y la fatiga del uno se co-munica al otro; es necesario que sea traspa-rente, sin lo cual no se lee hasta el fondo del alma, y sea sencillo para que no cueste al en-tendimiento demasiado trabajo seguir los refi-

namientos de la expresion y mientras se admi-ra la frase se evapora la impresion; es neces-ario que tenga colorido, porque de otro modo permanecería empañado, aunque exacto, y el objeto no tendría mas que líneas y no relieves; es necesario que represente una imagen, sin lo cual el objeto solamente descrito no se refle-ja en ningun espejo ni se hace palpable á nin-gun sentido; es necesario que sea sóbrio, por-que la abundancia fastidia, y abundante porque la indigencia de la expresion atestigua la po-breza de la inteligencia; modesto porque el bri-llo deslumbrá; rico porque la desnudez entriste-ce; natural porque el artificio desfigura por sus contorsiones el pensamiento; es necesario que corra, porque solo el movimiento arrastra; es me-nester que sea caliente, porque un calor dul-ce es la temperatura del alma; es menester que sea fácil porque todo lo que cuesta trabajo es penoso; es necesario que se eleve y baje, por-que todo lo uniforme es fastidioso; que razone, porque el hombre es razon; que se apasione, porque el corazon es pasion; que converse, porque la lectura es una conversacion con los ausentes ó los muertos; que sea personal y ten-ga el sello del espíritu, porque un hombre no se parece á otro; que sea lírico, porque el al-ma tiene gritos como la voz; que llóre, porque la naturaleza humana tiene gemidos y lágrimas; es necesario.... pero no bastarian pági-nas enteras para enumerar todos los elementos de que se compone el estilo. Nadie los reunió jamás en una lengua escrita con tanta armonía como Mad. de Sévigné. No es escritora, es el estilo

## X.

Volvamos á anudar el hilo de la historia de su vida, cuya lectura ha comunicado á todos los que gustan de verse retratados en otros. Al es-cucharla vivir, creemos nos vivir nosotros mismos dos veces, y esto consiste en que su libro no es un libro, sino una vida.

Una sola pasion habia sucedido en su alma á la que habia tenido por su marido; esta pasion era su hija. Jamás muger alguna fué tan ma-dre como ella. Si quitáseis esta hija del alma y de las cartas de Mad. de Sévigné, no que-daría mas que un gran vacío sin movimiento, sin calor y sin eco, donde nada palpita ni si-quiera un corazon. Por un fenómeno de instin-to maternal, que se parece casi tanto á un mi-lagro de la naturaleza como á un prodigio de afeccion, aunque esta madre habia dado á luz á su hija hacia ya quince años, parecia que lle-vaba todavía en su seno aquel fruto mal des-prendido de sus entrañas. Continuaba envol-viéndola en su calor, dándole su vida y vivien-do con la suya. No sentía á Dios, á la naturale-za, al mundo, á sus ambiciones, vanidades y

hasta amistades sino en aquella hija. Entre el universo y ella, estaba su hija; pero si el uni-verso hubiese desaparecido y le hubiese queda-do su hija, no se habria apercibido de la desapa-ricion del universo. Es necesario admitir esta especie de locura del instinto materno en el alma de Mad. de Sévigné para comprender esa conexidad absoluta de existencia, y ese anonadamiento completo de su personalidad en otra. La antigüedad no tiene semejantes fatali-dades en sus fábulas; no hay en el *Inferno* ó en el *Paraiso* del Dante tal identificacion de un ser en otro, tal suplicio, tal felicidad. Tan pronto felicidad y tan pronto suplicio como va-mos á verlo mirándola existir.

## XI.

Después de haber adorado á esa hija, su imágen viva y aun embellecida en su retiro du-rante sus años de infancia, Mad. de Sévigné la presentó al fin á la luz del día de París y de la corte. Si le costaba dejar escapar su tesoro de su seno, su vanidad materna, la mas santa de las vanidades, la embriagaba de antemano con la admiracion que su hija iba á excitar á su aparicion sobre aquella gran escena. Este orgullo impersonal no fué engañado ni podia ser-lo: las memorias y las poesias de la época son de la opinion de la madre sobre los encantos de la hija. Menage la llama el MILAGRO DE NUES-TROS DIAS. El mismo satírico Bussy no la lla-ma jamás sino la mas linda muchacha de Francia. En efecto eclipsó á aquella brillante pleyade de hermosuras célebres que figuraban en los bailes de Luis XIV, en las carreras de caballos y en las fiestas de Fontainebleau. Na-die dudó, á despecho de sus rivales, de que el jóven rey no fuese pronto deslumbrado y lle-gase á ser ella la favorita de aquel reinado na-ciente; pero sea que Luis XIV se acordase de-masiado de sus resentimientos de infancia con-tra el nombre de Sévigné, harto mezclado con la Fronde, sea que la señorita de Sévigné, de-masiado adorada por su madre, se sintiese su-perior á la adoracion de un rey, sea en fin que tuviese mas el brillo que produce la admiracion que ese atractivo que produce el amor, el rey estuvo político, pero insensible á tantos encan-tos. La misma señorita de Sévigné, dotada de gran talento, aunque de otra clase de talento que su madre, conocia que su belleza tenia mas deslumbramiento que calor. «Al primer golpe de vista, escribió á su madre, me creen adora-ble, y cuando me ven mas, no me aman ya.» Mad. de Sévigné que habia puesto en ella toda su ambicion, aspiraba á casarla con uno de los hombres mas notables de la corte. El nacimiento, la belleza y la fortuna de su hija justificaban esta esperanza; pero la frialdad de

la hija, y acaso tambien el disfavor secreto de la madre en el ánimo del rey, ahuyentaban á los pretendientes.

«La mas linda muchacha de Francia os ha-ce sus cumplidos,» escribia á su primo Bussy: «este nombre parece muy seductor y sin em-bargo estoy cansada de hacerle los honores tan-to tiempo.»

Bussy responde:

«Reconozco la estravagancia del destino en la dificultad de casar á la mas linda mucha-cha de Francia.»

«La mas linda muchacha de Francia,» re-plica la madre, «es mas digna que nunca de vuestros homenajes, y sin embargo su destino es tan difícil de comprender que por lo que ha-ce á mí me pierdo en conjeturas.»

La esplicacion de ese destino que humilla-ba y afligia el corazon de la madre estaba to-da en el temor que las familias cortesanas te-nian de participar de la desgracia de una mu-ger, ligada á las facciones políticas estinguidas, por su juventud, y á las facciones religiosas nacientes por sus relaciones con los *Arnauld*, tachados de *jansenismo*.

Mad. Sévigné describe estos solitarios con un encanto infinito.

«Ayer, dice, volví de Meni á donde habia ido para ver á Mr. de Andilly; estuve seis horas con él; gocé todo el placer que puede dar la conversacion de un hombre admirable; oi tam-bien á mi tío de Sévigné, pero un momento. El Port-Royal es una Tebaida, es un paraíso, un desierto donde se encuentra ordenada toda la devocion del cristianismo. Es una santidad esparcida en todo el pais á una legua á la re-donda; hay cinco ó seis solitarios que no se conocen, que viven como los penitentes de San Juan Climaco; las religiosas son ángeles sobre la tierra. La señorita de Vertus acaba allí la vida son dolores inconcebibles y una resignacion estremada; todo lo que les sirve, hasta los car-reteros, los pastores, los jornaleros, todo es modesto. Os confieso que me ha encantado ver esa soledad de que tanto habia oído hablar; es un valle horrible, muy á propósito para inspi-rar el deseo de trabajar por la salvacion. Me volví á dormir á Meni, y ayer llegué aquí, después de haber abrazado al paso á Mr. de Andilly.»

Mad. de Sévigné creyó deber eclipsarse algun tiempo con su hija en su soledad de las *Rocas* para dejar pasar aquella mala estrella y hacer que París echase de menos á la que no habia llamado bastante su atencion; se retiró á Bretaña y pasó todo un invierno en las *Rocas*.

Esta ausencia despertó en efecto el senti-miento con que habia contado su despecho. Fué acometida de frases y de versos, en que sus amigos, sus admiradores y sus poetas deplora-ban su alejamiento, y la llamaban á aquel cen-tro de talento y agrado oscurecido desde que ella habia retirado su luz. *Saint Savin* en una epistola familiar se hizo el intérprete autoriza-